

## IN MEMORIAM

### MARCEL CLÉMENT

Para los lectores de la primera hora de nuestra revista, así como para los que han seguido atentamente las vicisitudes de la vida política y religiosa francesas de la segunda mitad del siglo xx, el nombre de Marcel Clément, fallecido el pasado 8 de abril, sin duda, ha de resultar ampliamente evocador. Yo que me encuentro entre los segundos, pues por razones cronológicas sólo leí las primeras series de *Verbo* años después de que se estamparan, no puedo dejar de recordar las primeras colaboraciones de Marcel Clément en la revista *Itinéraires*, fundada por Jean Madiran en 1956, y cuya colección completa poseía nuestro maestro Eugenio Vegas Latapie. Recuerdo así haber leído en los últimos setenta la *Enquête sur le nationalisme*, que Madiran le confió a Clément, y que tras publicarse a lo largo de varios números de la revista se recogió en un volumen editado por las *Nouvelles Editions Latines* en 1957. En particular algunas de las páginas preliminares, en que polemizaba con el maurrasianismo de estricta observancia a propósito de su excesivo apego a la "física social" de matriz comtiana, y defendía —con el profesor Charles de Koninck en primera línea, pero con Pío XII al fondo— que las ciencias sociales son ciencias morales. Polémica y libro tuvieron cierta trascendencia en el panorama de las escuelas políticas e intelectuales católicas de la segunda posguerra, y yo he vuelto sobre ellos con frecuencia, sea con motivo de centrar la figura siempre sugestiva y discutible de Maurras —del que Madiran no ha dejado de ocuparse piadosa y críticamente al tiempo, la última de las veces en 2004—, sea con el de tratar de comprender —en otro orden de cosas— la clasificación de las ciencias de mi también querido

IN MEMORIAM

maestro Álvaro d'Ors. Recuerdo también otros libros de Clément editados por la misma casa y en fechas próximas, *Le sens de l'histoire* y *La corporation professionnelle* (ambos de 1958) y *Le communisme face à Dieu* (1960) —este último traducido al castellano y editado por Speiro— que se encuadran de modo neto en las preocupaciones de aquellas fechas, que los redactores de *Itinéraires* pretendían atajar resueltamente. También hubo de participar Clément durante aquellos años finales del decenio de los cincuenta y primeros de los sesenta las reuniones de la Ciudad Católica, fundada después de la Segunda Guerra Mundial por Jean Ousset, y cuyos Congresos reunían en aquellos años a lo más granado de la inteligencia social católica no complaciente con el comunismo.

En 1962, sin embargo, el abate Richard, fundador del quincenal *L'Homme Nouveau*, llama a Clément para que se ocupe de la jefatura de la redacción, pasando a dirigirla a partir de 1970. Se alejará, así, de *Itinéraires*. Al principio sólo físicamente; andando el tiempo también espiritualmente. Téngase en cuenta que precisamente en ese decenio se va a celebrar el II Concilio Vaticano y desde el mismo —singularmente desde la reforma litúrgica— se romperán las alianzas y aun la paz. No habrá empresa apostólica que no se resienta del clima bélico, que incluso no respetará las más viejas amistades. Lo decía Rafael Gamba doloridamente en su necrológica de Florentino Pérez Embid. ¡Y qué no podría decirse de Francia, donde el conflicto fue decididamente más abierto, total! Madiran, por ejemplo, escribirá en 1984, en un artículo bien significativo, titulado "La messe revient", que la inquisición progresista exige no tener parte alguna con los tradicionalistas: *nullam partem*. Ejemplificando a continuación con Clément: "Marcel Clément se esfuerza desde hace veinte años en multiplicar las pruebas públicas de que ya no tiene la menor «connivencia», que no «tiene nada que ver» conmigo, *nullam partem*. Pero no puede estar seguro de haber vencido a todo su mundo. En el mundo eclesiástico, en el que aspira a un pequeño sillón y en el que en veinte años no ha ganado siquiera una silla plegable. Permanece sospechoso". Perdóneseme traer a colación este testimonio, que podría reputarse poco piadoso, aunque me consta que de parte de Madiran por lo menos jamás exis-

tió animosidad contra su viejo compañero, en la muerte de Marcel Clément. Pero refleja a las mil maravillas la realidad del catolicismo francés de los últimos decenios, sobre la que no hace al caso insistir ahora. Madiran, Salleron, De Corte e incluso Thibon —cada cual con su genio personal— se implicaron, y no acriticamente, contra la apostasía y demolición (autodemolición terminaría llamándola el propio Paulo VI) surgidas del Concilio, o con su ocasión. Jean Ousset, por su parte, y su nombre no precisa de mayores precisiones en estas páginas, procuró ceñirse a su empresa de “formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano”, lo que no era fácil en un ambiente en que los combates se libraban en un frente más general, pero que no podía dejar de incidir sobre la trinchera especializada elegida por Ousset y sus leales. Por eso, el equipo de Ousset terminó fragmentándose, por sectores, y dividiéndose, por actitudes generales. Clément, por su parte, optó por el *establishment* eclesiástico, que en Francia (a diferencia de, por ejemplo, España) era en general hostil a la tradición católica. De ahí, dada su formación, sus sufrimientos y dificultades... No exactamente las mismas que conocían quienes, por ejemplo, a este lado de los Pirineos, hacían *Iglesia-Mundo*, si bien la evolución de los acontecimientos los iban aproximando.

Yo no he negado nunca mi mayor simpatía por la línea *Itinéraires* y por sus autores. Pero he procurado siempre lucrarme de cuanto de bueno iba encontrando. De ahí que haya leído siempre con provecho *L'Homme Nouveau* —su gran obra hasta 1998, en que se jubiló y dejó la dirección de la revista— y los libros de Marcel Clément. Recuerdo algunos que encuentro rebuscando por mi biblioteca: *La France, pays de mission ou de demission?* (1965), *Combat pour l'Espérance* (1975), *D'où jaillira l'aurore* (1976), *La soif de la Sagesse* (1979), *Les nations ont-elles une vocation? Et la France?* (1994), *La doctrine social de l'Église* (1995), etc.

No he frecuentado de persona a Marcel Clément. Creo haberlo visto sólo una vez en su despacho de la Place Saint Sulpice, en pleno barrio de los periodistas y al mismo tiempo de las tiendas religiosas. Y sólo recuerdo haberme carteadado con él en dos

IN MEMORIAM

ocasiones. La primera, con motivo del cincuentenario del Alzamiento del 18 de julio de 1936, me produjo una cierta decepción. Yo le pedía, para un trabajo colectivo que dirigía a la sazón por encargo de *Iglesia-Mundo*, una colaboración sobre la actitud de los católicos franceses ante el Alzamiento y la posterior guerra de España. Me escribió una carta tan amble como cauta, temerosa incluso. Entre grandes circunloquios me vino a decir que era un tema vidrioso en Francia, todavía polémico, para terminar negándose. Quedé consternado. La segunda, pocos años después, para pedirle un breve texto para un número de *Verbo* en ocasión del centenario de *Rerum novarum*. Texto que me consignó puntualmente y se publicó en nuestra revista. Hoy, con su muerte, se produce un vacío más en la historia religiosa francesa y europea. Descanse en la paz del Señor al que sirvió con perseverancia.

MIGUEL AYUSO